



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Miranda de Ebro
Inicios históricos
Bernardo M^a Garric, ssc

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

SUMARIO

INICIOS DE FUNDACIÓN.....	3
Preámbulo a la traducción	3
TEXTO / DOCUMENTO del P. Bernardo M ^a Garric	4
PERDER PARA GANAR (Biografía del P. Bernardo M ^a Garric)	18
El P. Garric, ¿autor de <i>“El Religioso de los Sagrados Corazones”</i> ?	27
Por añadidura	34

INICIOS DE FUNDACIÓN CONVENTO DE LOS SAGRADOS CORAZONES

MIRANDA DE EBRO

P. Marie-Bernard Garric, ss.cc.
Annales des Sacrés-Coeurs, 1896
pgs. 124-133 y 162-172
Cfr. Annales 1956, pp. 26-32

Preámbulo a la traducción

El texto castellano está traducido directamente de nuestros "Annales". Quizás convenga informar que la revista *Ilustración Escolar*, que comenzó a publicarse por el Colegio de Miranda de Ebro en 1917, ya en este primer año difundió en varios artículos la versión casi idéntica del texto del P. Bernardo Garric, ss.cc., aunque le faltó algo para finalizarla. Esta publicación se encuentra en los números 4, 5, 6, 7 y 8, correspondientes a los meses entre agosto y diciembre, ambos inclusive, de 1917.

En este caso su interés puede estar sobretodo en las reproducciones fotográficas que acompañan a los artículos. En el nº 4, la panorámica desde el monte, tomando el convento y la ciudad con el valle al fondo. Otra es la panorámica de la huerta, ábside de la iglesia y pared exterior de la comunidad, incluida la fuente y la estatua del Sagrado Corazón. En el nº 5, una fotografía muy valiosa de los miembros de la comunidad, presidida por el P. Wilfrido Müller, en la que se encuentra aún el P. Román Désmarais (verdadero artífice de la fundación) con su aspecto de enfermo en los años finales de su vida. En el nº 6 reproduce las fotos separadas de D. Leonardo de Encío y D. Manuel Valdivielso. En el nº 7 están las de D. Simón de Guinea y la de D. José de Juana. Todos ellos tuvieron mucho que ver con la situación de la propiedad que adquirieron después del atraco perpetrado por el ministro Mendizábal con la ley de amortización de los bienes de los religiosos. ¡Dinero para el pueblo!, que solo pudieron comprar los ricos. Por fin en el nº 8, una del presbiterio de la iglesia con el crucero y sus bóvedas de nervios, que uno no se cansa de contemplar. Se salvaron de la barbarie o de la intemperie, que viene a ser lo mismo.

Hemos tomado dos notas que aporta la revista, de desigual importancia, colocándolas en sendas notas a pie de página. Toda "ilustración" es buena, siendo de la revista *Ilustración Escolar*, más en cuestiones referentes a Miranda de Ebro.

Cualquiera desearía conocer antes al autor, el P. Garric, testigo de primera hora de los acontecimientos. Estamos de enhorabuena, porque yendo de caza hemos hallado una extraordinaria biografía-necrológica escrita por un compañero de lujo, estrictamente contemporáneo. Se trata nada menos que del *P. Jacques Bund, ss.cc.*, Procurador general en Roma. Se encuentra en estos *Annales* de 1903 y aquí podrán leerla.

<p style="text-align: center;">TEXTO / DOCUMENTO del R. P. MARIE-BERNARD GARRIC, ssc</p>
--

Nuestra casa de Miranda nació de la persecución religiosa en Francia. Amenazada su existencia por las leyes de Ferry, las Congregaciones no autorizadas volvieron su mirada hacia tierras más hospitalarias. Por decisión del consejo de la Casa Madre, el Reverendo Padre Román fue enviado a España para adquirir en ella una casa. Su larga experiencia en las gestiones y el conocimiento que tenía de la lengua española [por su anterior estancia en Chile], le hacían más apto que a nadie para esta misión. Antes de franquear los Pirineos, se paró en Lourdes, el 16 y 17 de julio, y celebró el santo sacrificio de la misa, encomendando a la Virgen Inmaculada el éxito de su empresa. Siguiendo los consejos del R. P. López, redentorista español entonces en París y a quien había conocido en Ecuador, se paró en Miranda, para visitar en ella las ruinas de un convento franciscano. Miranda, ciudad de unas cinco a seis almas entonces, está asentada al pie de una colina en los confines de las Provincias Vascas y de Castilla la Vieja, a 180 kilómetros de la frontera española. Su situación en una llanura atravesada por el río que sirvió de límite al vasto imperio de Carlomagno – el Ebro, ya que hay que nombrarlo – le ha valido quizás el nombre de Miranda. Una corona de montañas de formas caprichosas y aspecto imponente la protege a lo lejos como una poderosa muralla. Dividida por el río, en dos partes casi iguales, forma, en lo civil un ayuntamiento de la provincia de Burgos y, en lo eclesiástico, dos parroquias pertenecientes a dos diócesis diferentes: sobre la orilla derecha, San Nicolás, de la diócesis de Calahorra, y, sobre la orilla izquierda, Santa María, de la archidiócesis de

Burgos. El territorio no es rico; por la tala de los bosques en las montañas, las guerras civiles han secado una de las principales fuentes de su antigua riqueza. Sin embargo hay en ella familias muy acomodadas. La mayor parte de los habitantes viven modestamente de los productos de sus campos y de sus viñas; abundan en ella los pobres. Al representarlos envueltos en su *capa* de jirones, con un orgullo claramente castellano, los turistas cuentan lo que han oído decir, más bien que lo que han visto. Porque, por el contrario, los pobres son modestos y piden muy devotamente la limosna en el nombre del Santo Sacramento o de la Inmaculada Concepción.

La estación de ferrocarril de Miranda es una de las más importantes de España. Los trenes llegan a ella casi simultáneamente de los cuatro puntos cardinales: de París, de Madrid, de Bilbao y de Barcelona. Su antiguo convento se remonta al menos al siglo XVI; la iglesia fue acabada en 1545. A pesar de su aspecto desolado, causó al P. Román una impresión favorable. Su hermosa situación a las puertas de la ciudad, sobre la pendiente de una colina, a unos cuantos pasos de la estación del ferrocarril, su fuente de aguas frescas y limpias, las ventajas que tenía sobre los cinco o seis monasterios del entorno a poca distancia: el de los jerónimos en San Miguel del Monte¹; de los bernardinios en Herrera; de los premostratenses en Bujedo²; de los benedictinos en El Espino³ y en Ovarenes, convirtieron en venerables al visitador las ruinas que debía restaurar con tanta perseverancia e intrepidez.

Pronto ya había ganado el Padre Román la estima y el afecto de los principales señores de Miranda en cuanto conocieron el fin de su viaje. Vinieron a besarle la mano y ofrecerle sus buenos servicios. El párroco, don Isidro Sojo, los Srs. Leonardo de Encío, José de Juana. Manuel Valdivielso, Carlos Anné, inspector principal de los Ferrocarriles del Norte, Simón Guinea, Gaspar Alonso, José del Prado, fueron los amigos de la primera hora. En el espacio de quince años, su entrega a la obra se ha convertido muchas veces en servicios cuyo imperecedero recuerdo transmitimos fielmente a nuestros descendientes. Una buena mujer devota a su modo, le llevó a su hijo todavía lactante, proponiéndole que hiciera de él un religioso y le ofreció, además, gratis, a su marido para que se encargara de la portería.

Muy amable fue la acogida y favorables las impresiones, pero antes de fijar definitivamente su elección, el P. Román quiso visitar aún varios monasterios en Navarra, Aragón, Cataluña y Castilla la Vieja. En Pamplona, obedeciendo las presiones del obispo tuvo que alojarse en el palacio episcopal. El arzobispo de Burgos le recibió con los brazos

¹ Nuestra casa de campo desde hace algunos años

² Hoy noviciado y escuela apostólica de los queridos Hermanos de las Escuelas Cristianas

³ Los redentoristas, nuestros excelentes vecinos y amigos, han fundado en él una casa y un juniorado.

abiertos y puso a su disposición todos los antiguos conventos que pertenecían entonces al obispado; pero todos estaban demasiado aislados. Miranda estaba sin cesar presente en su memoria., una voz interior le repetía que sería la cuna de la Congregación en España. Volvió allí para comprar el convento. El Señor Pascual de Olarte, uno de los más honorables caballeros de la ciudad, era su propietario. A gusto hubiera cedido *gratis* las ruinas del claustro y las murallas de la iglesia; pero por razones familiares no podía decidirse a separar el huerto colindante. Sin embargo cedió a las instancias de nuestros amigos y fue firmado un proyecto de venta, el primer viernes de mes 1 de agosto 1879; el 22 del mismo mes, después de largas y penosas negociaciones, la propiedad fue comprada a un precio razonable, por los Srs. Marcelino Bousquet, Pedro Démarais, Juan Bautista Labroue y Arsenio Prat.

Antes de emprender su primera expedición, el R. Padre Román había encontrado el mismo París, un compañero y un amigo fiel, en la persona del Reverendo Padre Dom Ildefonso Guépin, entonces prior de Solesmes, hoy abad de Silos (Burgos). Entrados en España el mismo día 18 julio 1879, con el mismo fin, visitaron juntos las ruinas del convento franciscano de Miranda: este fue el lote del P. Román y de la congregación de los Sagrados Corazones. El R. Padre Dom Guépin encontró para su familia religiosa, el real monasterio benedictino de Silos que el arzobispo de Burgos le ofrecía espontáneamente, con su tesoro de reliquias, de libros y de ornamentos sagrados. Hemos contado en otro lugar cómo los grandes benedictinos de Silos y sus pequeños hermanos de Miranda no forman mas que un corazón y un alma.

En el mes de noviembre el R. Padre Román, acompañado del hermano Médard, arquitecto, pasaba de nuevo los Pirineos para comenzar las reparaciones. El Sr. Leonardo de Encío quiso gustosamente encargarse de los trabajos y preparar, para cuando llegara el caso, una docena de celdas en la única ala del convento respetada por los demoledores. En un tercer viaje, en el mes de junio 1880, el R. Padre podía testimoniarle su reconocimiento y su completa satisfacción por los trabajos realizados. Esta vez venía en búsqueda de un lugar favorable al establecimiento de una casa para las religiosas de los Sagrados Corazones. Esta fundación que tuvo lugar, en efecto, seis meses después de la nuestra en Torrelavega, de la provincia de Santander, ya va teniendo derecho a los honores de una historia. A penas volvió a París, el consejo decidió que fueran enviados algunos religiosos a Miranda. El Rvdmo. Padre designó a los PP. Wilfrido y Marie-Bernard y a los Hermanos Maximiliano y León, que salieron de París el 28 de junio a las 10 de la mañana. Al día siguiente, a la misma hora en que el ministro Constans expulsaba a los jesuitas de su apacible morada, poníamos el pie sobre tierra española. Hacía un tiempo magnífico; respiramos a pleno pulmón un aire limpio y puro bajo un cielo azul y sin nubes. A la una del mediodía, llegamos a Miranda. Los Srs. Leonardo de

Encío y Manuel Valdivielso nos recibieron en la estación con saludos en francés y latín, a los que no fuimos capaces de responder en español. Una mesa bien servida y dos habitaciones con camas nos esperaban en una *fonda* – pequeño hotel – situada enfrente de San Nicolás, casi a la entrada del puente. Dijimos el *benedicite* cuando sonó para vísperas y nuestra primera comida en tierra extranjera tuvo lugar en el momento en que resonaba el canto solemne de los salmos y de los himnos de la fiesta de San Pedro.

Nuestros primeros ensayos en lengua española no fueron felices: Un soldado, que comía en la fonda, nos resaltó una gruesa falta de acento en nuestra pronunciación hasta de la palabra Miranda, y una mujer del servicio, más perspicaz aún, encontró dos en una palabra de dos sílabas. Hacia las cuatro, el Sr. Leonardo de Encío nos condujo a nuestra residencia. Describir nuestras primeras impresiones sería cosa difícil, aunque el recuerdo, después de quince años, esté todavía vivo: la tristeza y el desánimo eran la nota dominante. Empezamos por toparnos con la puerta principal cuya más notable cualidad era la de permanecer abierta aún cuando estaba cerrada. El patio interior presentaba el más triste espectáculo: del antiguo claustro no quedaban más que algunos fragmentos de pilares. Solamente los muros exteriores permanecían en pie. Uno creería que se encontraba en una cantera de gruesa albañilería. La iglesia era imponente por la majestad de sus ruinas, con su forma regular de cruz latina, sus 52 metros de larga por veinte de ancha y diecinueve de altura. El altar mayor y el crucero conservaban todavía su techo y sus bóvedas; la nave central y las seis capillas laterales estaban a cielo abierto: solo los arcos habían resistido las incurias del tiempo. El antiguo pavimento había sido sustituido por un tapiz de hierba que hacía las delicias de las bestias de carga. Durante la última guerra carlista, la intendencia había montado allí almacenes; los muros estaban cubiertos de “Viva la Constitución” y las cruces de las capillas ennegrecidas por el humo de las cocinas. Las tumbas de los antiguos religiosos habían sido abiertas y profanadas; sus osamentas, mezcladas con los restos de ornamentos sagrados, habían sido arrastradas al altar mayor. Nuestro primer cuidado fue el recogerlos y darles una honrosa sepultura. Hoy reposan amontonados al pie del altar mayor, cerca del lugar en que el sacerdote comienza el santo sacrificio¹. No menos triste era el aspecto del edificio donde nos esperaban doce celdas. Un pasillo estrecho, irregular, mal pavimentado, ahumado, le dividía a todo lo largo. Del lado del patio [claustro],

¹ La transcripción de *Ilustración Escolar* anota aquí que, no obstante las garantías de crédito de un testigo ocular, como era el P. Bernard, quien transcribe el texto afirma que “he interrogado a varios de los testigos que quedan y todos están unánimes en afirmar, que los restos, huesos y ornamentos sagrados no se hallaban arrojados por el presbiterio, sino dentro de sepulcros abiertos y cubiertos por los escombros”. Sin embargo lo que dice el P. Bernard es que todo aquello “había sido arrastrado al altar mayor”, lo que sugiere que las tumbas podrían haber estado en el suelo de la nave, desde donde se arrastraron al altar mayor, donde el P. Bernard dice que las depositaron. Puede muy bien haber sucedido que estos testigos unánimes contemplaron ya la labor primera que habían realizado los religiosos.

habitaciones ennegrecidas que habían servido de refugio a pobres familias; enfrente, las celdas nuevas; al menos por las ventanas, que daban a la huerta, había una vista espléndida del Ebro, de la llanura y de las montañas que cierran el horizonte. Una silla y una cama de hierro, sin paja ni manta, componían todo el amueblado: faltaba la mesa y el candelero del profeta Eliseo. La visita de la huerta modificó muy favorablemente nuestras impresiones y nos permitió responder con un "*Muy bien*" (très bien) repetido a menudo al que nos hacía señalar sus atractivos: un huerto fértil de aguas frescas, con árboles cargados de frutos y a lo lejos un panorama incomparable. Nuestra visita no duró menos de dos horas; estábamos para retirarnos, cuando el señor párroco vino a desearnos la bienvenida y poner su iglesia a nuestra disposición. A las seis volvimos a la *fonda*; un poco más tarde, nos fuimos a meditar en la cama sobre la conformidad con la voluntad de Dios y las consecuencias prácticas de la obediencia religiosa. Al día siguiente temprano se nos previno de que estando nuestra misa reservada para las 11, podríamos prolongar nuestro reposo. El Sr. Pascual Olarte, por una coincidencia notable, había muerto a las diez, durante la noche que siguió a nuestra llegada. Varias veces se había informado sobre los nuevos religiosos y, algunos minutos antes de morir, expresaba su pena de dejar este mundo sin haberlos conocido. Sus funerales tendrían lugar a las 11 y, al canto del primer nocturno, celebramos, por el reposo de su alma, nuestra primera misa en España. Terminado el oficio, rogamos al Sr. De Encío acelerar la confección de nuestros colchones de paja: queríamos a cualquier precio cenar y dormir en nuestra casa y retomar nuestra vida comunitaria. Todo el mundo se puso a la obra, con tal entusiasmo que a las siete de la tarde habíamos improvisado cuatro camas, lámparas de madera, un almacén portátil, una cocina, un comedor, una sala común y una sala de ejercicios. El hermano León se instaló en la única habitación que tenía una chimenea; una chimenea que tiraba al revés, llenando el apartamento de humo y enviando el excedente por la ventana. El hermano Maximiliano nos hizo una mesa con dos planchas clavadas sobre dos caballetes. La cena fue modesta, pero alegre.

Después de la lectura de algunos versículos del Evangelio, el R. P. Wilfrido nos dio un *Deo gratias* del que aprovechamos para intercambiar nuestras opiniones y nuestros proyectos. La hora de acostarse fue adelantada unos minutos y al día siguiente a las 5h., estábamos reunidos para la meditación en una celda que habíamos decorado con un crucifijo, la imagen de los Sagrados Corazones y el título, un tanto pretencioso de *sala de ejercicios*. A las seis dirigimos nuestros pasos hacia la iglesia parroquial para la celebración el santo Sacrificio. Llegados a Miranda el 30 de junio, inauguramos la vida regular el 1 de julio, primer viernes de mes. Si hiciéramos historia completa de la casa, habría con qué admirarse por el número de acontecimientos importantes sucedidos los primeros viernes de mes.

El orden de nuestras jornadas era el de la Regla. Durante un mes, hicimos dos veces por día, el trayecto del convento a la parroquia, por la mañana a las 6, para la santa misa, y por la tarde, a las 4, para la adoración, que hacíamos en común. Los domingos asistíamos a la misa mayor y a las vísperas; nuestra devoción y nuestra exactitud, al parecer, nos ganaron la estima y la simpatía del señor párroco. Las cuatro sillas de la casa eran tan regulares como nosotros. Con una docilidad absoluta y sin manifestación alguna de mal humor, nos seguían de la celda al comedor y del comedor a la celda. Al cabo de un mes, sin embargo, no pudieron más y hubo necesidad de concederlas un retiro merecido. Nuestras ocupaciones eran de lo más variadas: el hermano León recogía la leña seca y las legumbres de la huerta y preparaba, con lágrimas en los ojos, nuestra modesta comida; el hermano Maximiliano con puntas y planchas viejas nos fabricaba mesas y sillas nuevas. En cuanto a nosotros, bajo la dirección del Sr. Encío que había aceptado amablemente convertirse en nuestro profesor de español, aprendíamos de memoria y por docenas, los verbos irregulares, empleando ampliamente el permiso que nos había dado de hacer tantas faltas como quisiéramos, menos dóciles al segundo aviso: No hacer la misma falta dos veces.

Una visita de pésame a la familia Olarte nos hizo sentir la necesidad de fortalecer nuestros estudios del español. Fuimos acogidos muy amablemente por la Señora Olarte y tres de sus hijos. En lugar de expresarle, como era nuestro deseo, la parte que tomábamos en su duelo, le dijimos que *nos daban mucha lástima* (qu'ils nous faisaient grand pitié). La más joven de las hijas – hoy visitandina – al interrogarnos sobre el número de nuestras sillas, el Reverendo Padre Wilfrido que hacía de intérprete, respondió que teníamos cuatro – *quatre*. Su compañero, convencido que *cuatro* significaba catorce, le advirtió que ponía diez de más, *en vista de que no poseíamos mas que catorce – quatorze* – Comenzamos a reír y para conocer el número exacto nos rogó que las contáramos con los dedos. La ignorancia del valor de las palabras nos convirtió en crueles para con las dos pobres señoras que nos pedían humildemente perdón. Habiendo encontrado la puerta de la huerta abierta se permitieron entrar. El R. Padre que las encontró, las hizo notar, quizás con un poco de viveza, que la entrada estaba prohibida. Ellas se deshicieron en excusas y le rogaron que las intentara *dispensar* (pardonner). El Padre creyendo que le pedían la dispensa o permiso de permanecer allí, les respondió con mayor viveza aún, que no lo haría jamás. Se fueron todo consternadas.

Todas las tardes a la hora en que el viento de los Pirineos comienza a hacer sentir su presencia refrescante, el buen Sr. de Encío llegaba para asegurar nuestra aplicación y nuestros progresos. La mayoría de las veces venía acompañado del Sr. Párroco y de los principales de la ciudad española: el médico, el notario y el farmacéutico. A veces los acogíamos con un refrán castellano, en que abunda el lenguaje español; teníamos la satisfacción a la vez de alegrar su rostro y merecernos una

alabanza. A menudo para excusar nuestra lentitud invocábamos los mismos adagios que nos habían enseñado: “Poco a poco la vieja hila el copo” y “Zamora no se tomó en una hora”.

De tiempo en tiempo, para distraernos, mezclábamos con nuestros estudios ocupaciones a las que nuestro pasado apenas nos había preparado. Sobresalíamos en el arte de la demolición, que era un medio para reconstruir; con un empujón derribábamos más trozos de viejos muros que tres obreros en una jornada. Un viento tempestuoso que había hecho caer al suelo hermosas manzanas, nos convertía en cosecheros de sidra. Todo resultó de maravilla, hasta la trituración; pero el resultado final fue mediocre: después de dos meses de una extraña fermentación, nuestra sidra no fue potable mas que para los árboles del huerto

Nuestro Rvdmo. Padre no olvidaba a sus jóvenes fundadores, les animaba frecuentemente con cartas afectuosas; el R. P. Román nos ayudaba también con sus consejos tan sabios como precisos. Estábamos lejos de sentirnos felices; una cosa nos faltaba para ello: la presencia real de Nuestro Señor. Muy sentidos por esta privación, resolvimos prepararle una morada bajo nuestro techo. La antigua sacristía estaba bastante bien conservada y algunas reparaciones la convirtieron en un oratorio decente. En pocas horas el hermano Maximiliano, con una gran caja nos hizo un altar, que una blanca tela, bien que mal, consiguió cubrir su miseria: dos pequeñas gradas, recubiertas con nuestras más finas servilletas y sosteniendo los candeleros y la cruz litúrgica, eran todo su adorno. El P. Román, que pensaba en todo, nos había provisto de manteles sagrados. El 27 de julio, el Sr. párroco, delegado por el obispo, bendecía la nueva capilla y celebraba la primera misa. Algunas devotas personas solicitaron el favor de asistir a ella y recibir la santa comunión. Tres días después, un modesto sagrario nos procuraba la felicidad tan deseada; después de cuarenta años de ausencia, Nuestro Señor retornaba a su antigua morada, si no más decente al menos más espaciosa, en el refectorio de las antiguos religiosos, vasto salón que podía contener entre doscientas a doscientas cincuenta personas.

El 11 de septiembre, la llegada de los hermanos Agapito y Ludger aumentó el número y la alegría de la comunidad, se trabajó en la restauración del convento y la iglesia grande, con una entrega merecedora de todo elogio. El 14 de septiembre de 1800, comenzaron las reparaciones por el techo de la iglesia y las emprendieron con tal actividad que el 30 de octubre 1881, el antiguo edificio se abrió al culto público. Pero no anticipemos acontecimientos. [Annales 1926, pp. 124-133]

El 3 de octubre uno de los Padres³ hizo su presentación en español, en el púlpito de parroquia. Es curiosa la historia de este primer sermón. Los Srs Leonardo de Encío nuestro servicial profesor, presidente de la cofradía del santo Rosario, por su mismo título estaba encargado de buscar un predicador para el día de la fiesta. Pensó en sus alumnos, feliz de poder mostrar a la admiración pública los resultados de su método pedagógico. Tuvimos la temeridad de aceptar su proposición. Más tarde, bien hubiéramos querido retirar nuestra palabra, pero, nos respondió: habiendo servido el vino, es necesario beberlo. Un sermón predicado en Picpus, del año precedente, fue acomodado al español y aprendido de memoria. La víspera del gran día, el grupo de nuestros amigos se presentó al completo. Venían no tanto por recordarnos nuestro compromiso sino para oír una primera lectura del sermón, como es práctica común para los discursos académicos. Se sentaron, pues, sobre un banco, a la sombra de un cerezo, no lejos de la fuente y nos prestaron un atento oído. Sobre el fondo no hicieron ninguna observación pero en la forma fue seriamente atacado; galicismos, herejías gramaticales, enmiendas, se dio al estilo un giro más castellano. Revisado de este modo, corregido por un abogado, un médico y un boticario, el sermón fue predicado al día siguiente, en la misa mayor, ante un auditorio siempre considerable y aumentado en esta circunstancia por la curiosidad. Nuestros buenos amigos pasaron un mal cuarto de hora. Temblaban de ver al predicador perder, sin poder recuperarlo, el hilo de su discurso. Se paraba un instante para tomar aliento, y le creían *perdido*, Bien que mal, puso fin a la vez a sus discurso y a las justas alarmas, y el auditorio, con cortesía, se mostró contento, y hasta encantado.

El 5 de noviembre, el Rdo. P. Román llegaba de París, acompañado del hermano Cornelio. Este buen hermano, acostumbrado a las planicies belgas, no pudo reconciliarse con las montañas españolas, sobre todo aquellas que sobrepasaban *siete veces la altura del campanario de su pueblo*. La presencia del P. Román fue para la Comunidad objeto de una gran alegría y el principio de una nueva vida. El día 9, el Santísimo dejaba su pequeña morada y tomaba posesión del refectorio transformado en capilla. Hizo su entrada en ella, seguido de dos adoradores con manteo rojo y un buen número de fieles, con una vela en la mano. Este nuevo santuario ha visto nacer la mayor parte de nuestras obras religiosas. Allí fue donde en diciembre de 1880, celebramos el primer viernes de mes: un cuadro del Sagrado Corazón, pintado por un artista de Valladolid, expuesto sobre un altar adornado de flores y luces, recibió allí nuestros primeros homenajes públicos. Por la tarde, recitó ante esta imagen el acto de consagración y de desagravio. El primer sábado, se rindieron honores semejantes al Santo Corazón de María. El día de Navidad, asistencia numerosa y primer sermón predicado en el convento, por el P. Román, sobre el misterio de

³ Parece que fue el mismo P. Bernard Garric, que aprendió rápido y muy bien el castellano.

ese día. Al día siguiente, inauguración, por el P. Wilfrido, de pláticas catequéticas; por la tarde, antes de la bendición del Santísimo, catecismo a los niños. Las personas mayores tomaron como un deber asistir a ellas y hacia las dos la capilla estaba casi llena. La Asociación exterior se fundó algunos días más tarde e hizo su primera acción reparadora el día de la Epifanía, 6 de enero 1881. Las primeras adoratrices, en nombre de 31, nos edificaron por su regularidad y su fervor. Dos veces por semana, el domingo y el viernes, se relevaron en el reclinatorio, sin interrupción, desde la seis de la mañana hasta la caída de la tarde. Ni el frío, ni la lluvia, ni la nieve, pudieron frenar su celo. Su ejemplo animó a sus amigas y bien pronto pudieron ofrecer a nuestro Señor cuatro días de adoración por semana, como ellas lo hacen todavía hoy. Su número ha alcanzado la cifra de *ciento cuarenta y nueve*. Muchas han muerto; otras han dejado Miranda; varias han mirado hacia atrás después de haber puesto la mano en el arado. Menos entusiastas, los caballeros no se arrodillan en el reclinatorio mas que el 5 de junio, fiesta del Sagrado Corazón. El 1 de febrero, después de insistencias a menudo reiteradas, se ha colocado un confesionario al fondo de la capilla, entrando a la derecha.; otro que se ha juzgado necesario ocupó pronto el lado opuesto, Desde esos días fue adquiriendo honor la comunión frecuente. El movimiento fue ganando las parroquias vecinas y no se ha frenado. El mes del Sagrado Corazón sobrepasó todas nuestras esperanzas: flores y luces, ofrendas espontáneas de los fieles, la realzaron dignamente. El día de la fiesta nos reveló su buen espíritu y su docilidad; a una simple invitación del P. Superior, afluyeron a los oficios un tan gran número que varios tuvieron que seguirlo, sentados o de rodillas sobre las ruinas del patio interior.

Por la mañana más de 150 personas recibieron el pan de los ángeles. Nadie había visto una comunión general tan edificante ni tan numerosa. La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús no ha perdido nada de su primera solemnidad. Celebrada con una pompa sin igual, es hoy una fiesta verdaderamente popular. A la Misa de las siete de la mañana la muchedumbre se apiña en la vasta nave; una corona de 500 fieles, al menos, rodea la santa mesa. Los párrocos de las parroquias vecinas conducen a ella a sus fieles; las autoridades civiles y militares: consejo municipal, los magistrados, los militares en uniforme de gala, se sienten orgullosos de ocupar en el crucero las plazas reservadas y animar con su presencia la devoción de los mirandeses. Por la tarde, se paran todos los trabajos y puede decirse que la población entera, con vestidos de fiesta, se asocia al triunfo del Sagrado Corazón. En el mes de agosto siguiente, la fiesta del Sagrado Corazón de María, precedida de una novena solemne, despierta de nuevo la piedad de los fieles. La misa mayor se prolongó con las *resoluciones* - toma de hábito - de cinco postulantes, primicias de la escuela apostólica de Sarzeau.

El 30 de octubre hizo época en los anales de nuestra casa. Los trabajos emprendidos el 14 de setiembre 1880 para la restauración de la iglesia

habían sido felizmente conducidos. A precio de mil fatigas y de mil sacrificios le habíamos devuelto su tejado, sus bóvedas y sus vidrieras. Un piso, de hermosa madera de pino, reemplazó felizmente las hierbas que las bestias venían antes a pacer. No le faltaba más que la bendición. Autorizado por el Sr. Obispo, el R. P. Superior la bendijo solemnemente, a las 9 de la mañana, siguiendo las prescripciones litúrgicas. En el exterior la gente esperaba, impaciente, que se les abrieran las puertas del santuario. La entrada de Nuestro Señor fue a la vez un triunfo, *una reparación*. Era llevado por el R. P. Superior, asistido por dos Padres con dalmática. La banda de música de Miranda que había ofrecido espontáneamente su participación, a la cabeza del cortejo, tocaba la marcha real. Detrás del palio iban dos adoradores de la comunidad; a continuación los miembros de la Asociación exterior, con la medalla al cuello y una vela en la mano; por fin una muchedumbre considerable venida de la ciudad y de los pueblos de los alrededores. El Sr. Párroco cantó la misa; después del evangelio². El R. P. Román, inspirado por las circunstancias, pronunció un elocuentísimo discurso. Los más antiguos, emocionados hasta las lágrimas, proclamaban a sus conciudadanos que este segundo templo era más bello que el primero. Sonaban las 12 del mediodía cuando se distribuían las últimas comuniones a los últimos habitantes de los pueblos que habían tenido que caminar cuatro leguas para tener la felicidad de comulgar en esta primera misa.

En menos de dos años, habían preparado tres santuarios al Señor. Esperamos que el último será el definitivo. En su breve existencia cuenta muchas alegrías y muchos triunfos. Los arzobispos de Burgos han desplegado en ella la pompa del oficio pontifical y de la ordenación sacerdotal. Los Sagrados Corazones reciben en él homenajes casi continuos. La víspera de las grandes fiestas y durante todo el tiempo pascual, la muchedumbre de penitentes asedia los confesonarios y Dios solo conoce el número y el precio de las lágrimas que el arrepentimiento ha hecho correr allí. Al fondo del santuario se levanta elegante un bello altar de piedra blanca, salido de los talleres San Hilario, de Poitiers. Otros altares, no menos elegantes adornan varias capillas y están dedicadas al Sagrado Corazón de Jesús, al Santo Corazón de María, a Nuestra Señora de Lourdes, a San José, a las almas del purgatorio, a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz. Las anchas superficies de los tres muros delanteros del ábside están adornadas con cuadros pintados por Deschamps. El de en medio representa la glorificación de los Sagrados Corazones [en el texto original "del Sagrado Corazón"] por todos los pueblos del universo.

La casa de Dios había agotado nuestros cuidados y nuestros recursos; la nuestra no había perdido nada de su sencillez. Algunos pequeños cambios se habían producido en nuestro mobiliario. Teníamos sillas en

² Quien transcribe en *Ilustración Escolar* anota aquí que "este sermón se predicó desde el púlpito que hoy [1917] sirve para lectura en el Refectorio de la Comunidad.

todos los lugares regulares y un cubierto que ofrecer a nuestros amigos. Ya se había olvidado el tiempo en que el buen hermano Maximiliano recogía las viejas ramas secas. El R. P. Román, cuya actividad y dedicación llegaban a todo, animado por otra parte por nuestro Rvmo. Padre, creyó llegado el momento favorable para instalarnos un poco más cómodamente. Nuestras celdas fueron el objeto de sus primeros cuidados: un crucifijo colocado entre las imágenes de los Sagrados Corazones, un San José, una mesa, dos sillas, un armario, una lámpara y la cama, formaban parte entonces, como lo es hoy, el mobiliario definitivo. El refectorio que habíamos convertido en capilla, fue devuelto a su primitivo destino; restablecida la cocina contigua, permitió a nuestros hermanos tener fuego sin humos.

El 22 de setiembre 1882, nuestro Rvmo. Padre encontró en Miranda una casa regular y una comunidad religiosamente instalada. Esta primera visita fue para la casa y para la ciudad de Miranda un acontecimiento feliz. Nuestro venerado Superior General llegaba de Poitiers acompañado por el R. P. Román; el clero y los principales señores le tributaron en la estación una amable recepción. Bajo el porche de la iglesia, adornado con tanto gusto como magnificencia, la comunidad de rodillas recibió su primera bendición. Hizo su entrada en el templo al canto del *Benedictus qui venit in nomine Domini*. La vista del amplio edificio le causó la más feliz impresión. Repetidas veces nos felicitó por los trabajos realzados y nos animó a proseguirlos con renovado ardor. Mi intención, nos dijo, es crear aquí tres obras: Una residencia, un noviciado y una escuela apostólica. Las dos primeras estaban fundadas a medias, la tercera no tardará en recibir su comienzo de ejecución. Durante su estancia, que se prolongó hasta el 7 de octubre y no fue interrumpida mas que por una visita a Torrelavega, nuestro Rvmo. Padre recibió pruebas emocionantes de la simpatía que inspiraban su persona y su obra. El primer viernes, las asociadas le rogaron que les concediera una reunión y una comunión generales. Por la tarde, después de la bendición con e Santísimo, fueron a la sacristía, a besarle la mano y recibir de rodillas una última bendición. Los ánimos que nos prodigó dieron a nuestros trabajos un impulso nuevo y nos hicieron concebir el proyecto de levantar las ruinas del claustro.

El hermano Agapito nos presentó un presupuesto, la mitad de lo que era el gasto total. Era para animarnos, decía más tarde. Como el R. P. Superior le hiciera notar un día que daba muchas razones para empujar a la reconstrucción él dijo: Cuantas más les dé, más suerte tendrán de encontrar alguna de ellas posible. .- Se puso manos a la obra con tanta actividad que en el mes de abril 1883, dos alas estaban ya terminadas.

El día 10 del mismo mes, segunda vivita de nuestro Rvmo. Padre, que vino a recoger los primeros frutos del noviciado y de la escuela apostólica de Sarzeau. El día del santo Patrocinio, cinco novicios hacían sus votos entre sus manos y se consagraban para siempre al servicio de los Sagrados Corazones. La ceremonia tuvo lugar ante una numerosa

asistencia: el sermón del R. P. Román, la postración de los nuevos profesos, el paño mortuorio, la grave recitación del *Miserere*, hicieron correr muchas lágrimas. A la profesión siguió la imposición de la medalla a veinticinco nuevos asociados que habían manifestado el deseo de recibirla de manos de nuestro Rvdmo. Padre. Unos más tarde, el 19 de mayo 1883, llegaron de Sarzeau los siete fundadores de la escuela apostólica de Miranda. La mayor parte han perseverado en su santa vocación y uno de ellos, el R. P. Bernardino, evangeliza hoy, como primer apóstol, las islas del archipiélago Cook.

La fundación de Miranda estaba acabada. Para no caer en inútil repeticiones, vamos a exponer brevemente los principales acontecimientos que la siguieron. La casa cuenta con 15 años de existencia. Desde el comienzo, recibió del arzobispado de Burgos un decreto de aprobación, cuyos considerandos nos recuerdan que, por la adoración perpetua, debemos promover el culto de Nuestro Señor. Por decreto Real del 22 de enero 1881, el poder civil declaraba *no ver ningún inconveniente en que los religiosos de la Congregación de los Sagrados Corazones se establezcan en Miranda para vivir en ella conforme a las prácticas y reglas de su Instituto*. Un decreto del 23 de octubre 1885 nos reconoce como congregación de enseñanza y nos concede la libertad de enseñanza *con jury mixte*. Un tercero fechado el 27 junio 1888, asegura nuestro porvenir hasta entonces incierto, concediendo a todos los profesos *estudiantes y conversos, dispensa absoluta de todo servicio militar*. San José podrá decir lo que nos costó este último privilegio, calculando cuántos han sido los ayunos, novenas, misas a las almas del purgatorio, rosarios y velas.

Las obras de la Congregación prosperan en Miranda. Comenzada el primer viernes de octubre, 1884, la adoración perpetua de día y de noche no ha sido interrumpida jamás.. Los primeros viernes de mes se fueron celebrados en ella con mucha pompa y piedad. Cinco adoradores se relevaban cada media hora ante el Santísimo Sacramento expuesto: cada rama tiene su representante: Los Padres, los estudiantes, los novicios, los hermanos conversos y los apostólicos. El hábito blanco conquistó las simpatías de la población. Desde el primer día se pudo mostrar por la calle, hasta en la estación de ferrocarril, sin provocar mas que respeto. Varias veces, nos pedían permiso para besar los Sagrados Corazones del escapulario. Últimamente, una señora de pueblo, que nos veía sin duda por primera vez, al pasar a nuestro lado hizo la señal de la cruz y un comienzo de genuflexión. Esa manera de obrar nos edificó sin extrañarnos; porque a los españoles les gustan las manifestaciones externas del sentimiento religioso. Ciento cincuenta y cuatro estudiantes salidos la mayor parte de nuestras escuelas apostólicas de Sarzeau y de Miranda o de nuestra buena casa de Graves, y cuarenta y cinco hermanos conversos han pronunciado sus resoluciones en nuestro querido noviciado. Diecisiete de ellos evangelizan las islas lejanas de Oceanía; tres preparan, en nuestros seminarios mayores, la juventud clerical para las funciones del santo

ministerio; los otros se entregan en nuestras escuelas apostólicas y en los colegios a la educación de la juventud cristiana.

A nuestras primeras obras, la divina Providencia ha juntado una cuarta: ha sido construido un magnífico colegio de tres pisos y de una fachada de 70 metros, al precio de sacrificios inauditos. No habíamos recibido el don de las obras fáciles!. 80 alumnos, 20 externos y 60 pensionistas estudian en él para seguir las diversas carreras liberales. Pertenecen a familias tan cristianas como distinguidas. Entre ellos contamos con hijos de senadores, de presidentes del tribunal supremo, de comandantes de navío, y los sobrinos segundos del célebre Donoso Cortés. Casi todos se distinguen por su piedad, su aplicación, su simpatía por la casa. Con dos excepciones, los que se han presentado ante el jury mixto, han sido recibidos como bachilleres, algunos con menciones muy honorables. El colegio está ya dignamente representado en la escuela militar de Toledo, el Saint-Cyr del ejército español. La piedad de los jóvenes está a la altura de su éxito; todos los días asisten a la santa misa y comulgan al menos una vez por semana. Cuando la jornada no ha sido muy buena sienten la necesidad de confesarse antes de ir a dormir. La mayor parte se arrodillan al pie de su cama y piden una bendición al sacerdote vigilante. Con mucha pena dicen adiós a este colegio querido para su corazón, y no sin prometer volver aquí a menudo. Los profesores, casi todos hijos de la casa, aportan a la obra una entrega y una armonía perfectas. No son ni franceses, ni españoles, ni alemanes, ni gascones, ni normandos, ni navarros, ni vascos, ni castellanos viejos, sino simplemente hijos de los Sagrados Corazones. Muchos de entre ellos, entre sus numerosas ocupaciones, sacan el tiempo necesario para la preparación de su licencia en letras: Dios bendice sus esfuerzos y los corona con un pleno éxito.

Bajo la dirección de antiguos novicios, la escuela apostólica está muy floreciente: 60 niños escogidos, suspiran por la librea blanca de los Sagrados Corazones. En el noviciado una veintena de novicios, moldeados por la paternal y sabia dirección del R. P. Augusto, digno sucesor del R. P. Román, esperan impacientes el día de su consagración definitiva. En el mes de agosto próximo, bajo las sombras de los árboles de Beire, su número sobrepasará quizás la treintena. 25 hermanos conversos nos prestan su religiosa y estimable ayuda.

La casa de París ha sido para con su hija de España una verdadera madre. La comunidad de Miranda jamás olvidará cuanto debe a la paternal solicitud de nuestro Rdm. Padre y al celo afanoso de los Padres procuradores de Picpus. Guardará el más reconocido recuerdo de la simpatía, a menudo efectiva, que le han expresado las dos ramas del Instituto.

La muerte nos ha impuesto dolorosos sacrificios. El R. P. Jacinto Cause (1847-1892) de piadosa memoria, cuya robusta constitución prometían a la obra largos servicios, fue arrancado súbitamente, hace tres años, al

afecto de todos. Sus funerales fueron un triunfo; todo el pueblo de Miranda asistió a ellos. Le siguió muy de cerca en la tumba el R. P. Alberto Montiton, (1825-1894) el intrépido misionero de las islas oceánicas, [compañero del P. Damián en Molokai durante cuatro años], y que consagró a la evangelización de nuestros pobres los últimos ardores de su celo,. Al lado de ellos, reposan cuatro jóvenes estudiantes cuyo talento daba muchas esperanzas, algunos apostólicos y nuestro primer profeso converso.

Tales son el pasado y el presente de Miranda; el porvenir esta en las manos de Dios: lo encomendamos a las oraciones de nuestros lectores.

Marie-Bernard Garric ss.cc.

* * * * *

P. Jacques Bund, ss.cc.
 Annales 1903, pp. 122-131

Esta contradicción natural para sus oyentes, la expresó Nuestro Señor con su pedagogía parabólica, con el fin de que entendieran 'algo' del sentido de su muerte que les anunciaba: "Si el grano de trigo una vez caído en la tierra no muere, permanece él solo; en cambio si muere, produce mucho fruto" (Jn. 12, 24). Nos viene al recuerdo esta afirmación del Evangelio, al haber hallado el relato de la vida del P. Bernard Garric, ss.cc., pues bien merece esta memoria un relato breve de su breve vida. Ya que se trata de un documento, en cierto sentido breve, nos ha parecido conveniente publicarlo junto al primer documento histórico del P. Marie-Bernard. Su autor el P. Jacques Bund ss.cc., (1853-1913) fue uno de los egregios religiosos de nuestra historia de la Congregación.¹

En la persona del Padre M.-Bernard, la Iglesia acaba de perder (1834-1903) un sacerdote instruido y piadoso, la congregación de los Sagrados Corazones un leal servidor. Tenía el espíritu vivo y chispeante, pronta la inteligencia, la memoria feliz, el servicio por un trabajo incesante; pero por encima de todo y en el reparto un *alma buena*: "Era yo un muchacho de buen natural, me cupo en suerte un alma buena" (Sab. 8, 19). Sensible y delicado, la vista del sufrimiento le causaba una honda pena, y su felicidad consistía en hacer un servicio a otro. Muy amable en la conversación, como la abeja entregaba su miel, y no lanzaba el dardo sino contra su voluntad: *Sponte favos, oegre spicula*. Si a veces se le escapaba a su naturaleza espontánea un dardo que causaba un ligero rasguño, inmediatamente una de sus *cordialidades* colocaba sobre la llaga un bálsamo tan dulce que dejaba el deseo de

¹ En Annales de 1913, pp. 244-255, pueden encontrar la biografía necrológica del P. Jacques Bund, de origen alemán, que llegó a Lovaina con 10 años, donde el Maestro de novicios le retuvo bajo su enseñanza hasta los 15 años, en que fue admitido como novicio. Siguió en la Universidad los Cursos Mayores, bachiller, licenciado y , en Roma, adquiere el anillo y bonete de doctor. Profesor de sus compañeros, en 1876 es enviado al Seminario Mayor de Rouen en el que permanece 24 años. Tal es su comportamiento que el mismo arzobispo M. Thomas, al final de su vida, lo escogió como su confesor. Reducida la Congregación en Francia, por la persecución, en sus tres cuartas partes, el Rdm. P. M. Bousquet lo nombra Procurador General del Instituto en 1903. Debido a su labor, después de haber adquirido la conveniente residencia, la Procura estaba por fin seriamente establecida en Roma el 1 de noviembre de 1904, con tres estudiantes y un hermano converso. Pío X, ante los elogios que le presentaban, le nombra "Consultor de la S. C. del Index", encorvado en la lectura de los libros que le ofrecían, sobretodo por si tenían perfumes de modernismo. Para rematar el agobio de su vida, en 1912 le nombran Postulador de la causa de nuestro Fundador. Al cabo de algunos meses ya había redactado unos 200 artículos que formaron la base misma de todo el proceso que se deseaba comenzar sin más tardar. Se decía que murió más que de enfermedad, de agotamiento, a los 60 años y cinco meses.

recibir otra picadura. Religioso muy exacto en observar la regla, instrumento dócil entre las manos de sus superiores, tenía en grado elevado, el espíritu de la Congregación, y se entregaba a sus obras con el amor de un hijo que llevaba en el corazón la prosperidad de su madre; era 'congreganista' en todo el rigor del término. Ha muerto, con las armas en la mano, después de haber recorrido una carrera plena, aunque no haya sido larga.

José Garric, nació en Bornazel (Aveyron) el 22 de octubre 1834. Cursó sus humanidades primero en la institución Santa María de Rodez, después en el colegio de los Sagrados Corazones de Graves donde ingresó en tercero. En estas dos casas obtuvo éxitos literarios y se hizo notar por la viveza de su espíritu, la dulzura de su carácter y su gran piedad. Enseguida se sintió atraído al sacerdocio; hacia el final de sus clases se ordenaron hacia la vida religiosa, en un instituto de misioneros. San Lázaro le atrajo primero; pero después de madura reflexión, resolvió entrar en la congregación de los Sagrados Corazones y hasta convino con su director, el R. P. Federico Leriche, que se iría después de su segunda.

Un rasgo nos muestra ya en el colegial ese espíritu vivo y alerta que sabe remachar su clavo a los bromistas. El día de la distribución de premios, a la salida de la ceremonia, como la gente iba y venía en todas direcciones, el joven Garric, cargadas las manos de premios, fue a arrodillarse ante la bella Virgen que domina la terraza y dejó allí sus coronas a los pies de María. Tres o cuatro jóvenes groseros de Villefranche se aproximaron y, haciéndose los bravos, dijeron riéndose burlones con ese "simple" : "¿Es que acaso crees que la Santa Virgen se f... de tus coronas?" Picado en lo vivo, el joven laureado les para y les suelta esta réplica que traspasa las risas a su favor: "De las vuestras, Señores, lo creo, pero de las mías, ya es otra cosa".

El 12 de octubre 1873, entró en el noviciado de Issy y pronunció 18 meses más tarde, sus votos perpetuos (27 abril 1875) con el nombre de Marie-Bernard; sus amor por María y por el cantor de las prerrogativas de la Santa Virgen es lo que hizo escoger este nombre. Enviado de inmediato a la casa de estudios de Lovaina, el P. M.-Bernard hizo en la célebre universidad estudios profundos. Fueron coronados con el diploma de bachiller en Teología que obtuvo el 21 de julio 1879, después de los exámenes pasados "con distinción" y una defensa de una tesis brillante. Recorriendo la serie de sus tesis, se observa que el P. M.-Bernard insiste con predilección sobre el augustísimo sacramento del altar, considerado como sacramento y como sacrificio. Había recibido, el año anterior la unción sacerdotal en Malinas.

El P. M.-Bernard, apenas ingresado en el noviciado de Issy, éste debió cerrarse a consecuencia de la ley Ferry; del mismo modo no permaneció mas que tres meses en el escolasticado de Miranda. La Providencias le destinaba a España, donde la Congregación, amenazada en sus obras

de Francia, proyectaba una fundación. Un convento de franciscanos acababa de ser adquirido por el R. P. Romain Desmarais (22 agosto 1879) en la ciudad de Miranda de Ebro, a 180 Kms. de la frontera francesa, sobre la línea férrea de Paris-Madrid. El 28 de junio 1880, el P. M.-Bernard partió con el P. Wilfrido Müller, hoy superior de la casa, para poner allí las bases de la vida religiosa. Dos hermanos conversos los acompañaban. Al día siguiente a la misma hora en que el ministro Constans expulsaba a los primeros religiosos de París, nuestros fundadores ponían pie en tierra española. Este católico país, hospitalario con todos los religiosos franceses, lo fue particularmente con los religiosos de los Sagrados Corazones, que comenzaron inmediatamente a retirar las ruinas del antiguo convento. Escuchemos al P. M.-Bernard; el buen humor aparecía en el relato a pesar de la tristeza que dominaba en él. "Comenzamos por enfrentarnos a una puerta principal cuya cualidad más señalada era la de permanecer abierta, aún cuando estaba cerrada. El patio interior presentaba el más triste espectáculo; de los antiguos claustros no quedaban más que algunos fragmentos de pilares. Tan solo los muros interiores quedaban en pie. Hubiera uno creído encontrarse dentro de una obra en gran construcción. La iglesia era imponente por la majestad de sus ruinas...el antiguo piso había sido reemplazado por un verde tapiz que hacía las delicias de las bestias caseras. Las tumbas de los antiguos religiosos habían sido abiertas y profanadas; sus huesos, mezclados con los pedazos de los ornamentos sagrados, habían sido arrastrados en el santuario. Nuestro primer cuidado fue el de recogerlos y darles honrosa sepultura. No menos triste era el aspecto del edificio; un pasillo irregular, mal pavimentado, ahumado, se dividía en toda su anchura. En las celdas, una silla y una cama de hierro, sin colchón ni manta; faltaba la mesa y el candelero del profeta Eliseo..."

Mientras se hacían los primeros arreglos materiales, el P. M.-Bernard en aprender a lengua española. Dadas las afinidades del provenzal con el castellano, los progresos fueron rápidos; dos meses después de su llegada a España, pudo predicar. Él mismo nos cuenta la curiosa historia de su primer discurso. "El Sr. Leonardo de Encío, nuestro entregado profesor, presidente de la Cofradía del Rosario, estuvo encargado por tal título de buscar un predicador para el día de la fiesta. Pensó en sus alumnos, feliz de mostrar a la admiración pública los resultados de su método pedagógico. Tuve la temeridad de aceptar su proposición. Más tarde bien hubiera querido retirar mi palabra, pero una vez servido el vino, era necesario beberlo. Un sermón predicado en Picpus el año anterior, lo traduje al español y lo aprendí de memoria. La víspera del gran día, el grupo de nuestros amigos se presentó al completo. Venían no tanto para recordarme mi compromiso sin por escuchar una primera lectura del sermón, como se practica para los discursos académicos. Se sentaron a la sombra de un cerezo y pusieron la oído atento. Sobre el fondo, no hicieron observación alguna, pero la forma fue seriamente atacada; fueron señalados galicismos, herejías gramaticales, correcciones... se dio al discurso un tono más castellano. Así revisado,

corregido por un abogado un médico y un boticario, fue predicado el sermón al día siguiente, en la misa mayor, ante un auditorio siempre considerable en semejante día e inflado en esta circunstancia por la curiosidad. Nuestros buenos amigos pasaron un mal cuarto de hora. Temblaban por el predicador: se paraba un instante y ya le creían *perdido*. Bien que mal, puso fin a su discurso y a sus justas alarmas, y el auditorio, en su cortesía, se mostró contento y hasta encantado”.

Pronto Nuestro Señor hizo su entrada en la iglesia restaurada, y el P. M.-Bernard se encargó de florear las obras de reparación y de celo, tan queridas de los Sagrados Corazones. Estableció la Asociación Exterior que alcanzó un desarrollo rápido. Ciento cincuenta asociados, cuatro días por semana, se relevaban en el reclinatorio de la adoración. El impulso dado a la comunión frecuente se comunicó a las parroquias de los alrededores; la solemnidad de las fiestas del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María atraía a la gente, y los párrocos de los alrededores llevaban allí a sus feligreses; las autoridades civiles y militares, vestidos de gala venían a los oficios y a la procesión del Santísimo Sacramento. La víspera de los primeros viernes e mes y las fiestas, sitiaban el confesonario.

Pronto el celo del P. M.-Bernard le hizo resplandecer en Castilla (sic). Por invitación del clero, predicaba retiros y daba misiones populares; un rasgo nos mostrará con qué éxito ejercía su ministerio. El Viernes Santo, todo el mundo en España va a escuchar el sermón de “las siete palabras de Cristo”. Hay diferencia entre este sermón y “la Pasión”, en cuanto el primero consiste obligatoriamente en siete puntos y dura alrededor de tres horas; se interrumpe en entretiempos por los gemidos de la muchedumbre, los actos de contrición, los cantos de reparación etc. Al español le gusta expresar en alta voz los sentimientos piadosos de su alma. En uno de esos sermones, el P. M.-Bernard había satisfecho de tal modo a su auditorio que el concejo municipal que asistía en corporación, se reunió expresamente para votar el doble de cantidad de dinero que las arcas municipales preveían a título de honorarios. La primera estancia del P. M.-Bernard en España duró siete años; fue el periodo más apostólico de su vida. Si dejó el país, su corazón permaneció en él para siempre. Un cambio imprevisto en el personal de enseñanza del seminario mayor de Rouen, le obligó a volver a Francia y dio una orientación nueva a su vida.

Los estudios teológicos que el P. M.-Bernard había seguido en la Universidad de Lovaina, le permitieron encargarse, en Rouen, de los cursos de teología fundamental que hizo seguir a los alumnos de filosofía. Durante el primer año, el nuevo profesor consagró todo su tiempo en profundizar la materia de la enseñanza; después, durante seis años, introdujo en su curso, notas sacadas de los mejores autores de teología moral. Como *manual* explicaba el excelente curso de Mons. Haine, su maestro en otro tiempo, del que daba en consecuencia un comentario autorizado. Veamos en qué términos el M. abbé Prudent,

distinguido director del *Boletín religioso* de Rouen apreciaba al profesor de Rouen: "Es un maestro dulce, laborioso, muy interior, dotado de bondad y de celo. A los que enseñó, ciertamente no le han olvidado. Más de un eclesiástico que tuvo la ocasión de recurrir a él, se acuerda también de su amenidad y de su diligencia, clara y sincera por prestar un servicio. Por ello había conseguido entre nosotros muchas simpatías".

En su segundo año de su profesorado el P. M.-Bernard tuvo tiempos libres. Los utilizó para perfeccionarse en la ciencia de la vida espiritual. Bossuet le había dejado indiferente hasta entonces. Por consejo de su superior, admirador de Águila de Meaux, se puso a estudiarle, primero por espíritu de obediencia, después subyugado por la profundidad de su doctrina ascética, convirtiéndose en apasionado por él, despojándole para asimilar su sustancia. Analizó igualmente a san Francisco de Sales, el P. Faber, Mons. Pie y los grandes místicos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, santa Gertrudis y la bienaventurada Margarita-María. Volando como una abeja laboriosa en este prado esmaltado, se apropiaba del dulce de sus más bellas flores y lo transformaba en una miel exquisita. Penetrado hasta este unto de espiritualidad, estaba bien preparado, a la medida para entregarse con fruto al ministerio de los retiros y de la dirección de las almas en las comunidades religiosas. "Durante su estancia en Rouen, dice también el canónigo Prudent, predicó numerosos retiros en diversas comunidades; allí también permanece su memoria. Tenía una elocuencia sencilla, siempre doctrinal que un mal acento de las montañas, irreprimible, hay que creerlo, no le impedía ser persuasivo. Pronunciadas las primeras frases, ya no se pensaba más que en las excelentes cosas que él decía y uno se dejaba arrastrar por su convicción profunda. El Carmelo, el segundo monasterio de la Visitación, las religiosas de San José de Cluny, desean particularmente oírle; estos monasterios hasta le agradecen el bien que les hace". Añadamos a esta serie de casas religiosas las diversas comunidades de religiosas de los Sagrados Corazones, así como el Carmelo de Lourdes que evangelizaba durante las vacaciones (*grandes?*) de verano y, en Rouen, el primer monasterio de la Visitación, la Compasión y el primer monasterio de las Ursulinas. Un retiro predicado en éste fue bien saboreado, y se le invitó a predicarlo por segunda vez. Si es peligroso para un predicador reaparecer en la misma casa en un corto intervalo, no hubo peligro para el P. M.-Bernard; el segundo retiro tuvo un éxito más completo que el primero. En las conferencias de la tarde, el predicador hacía el discernimiento entre la verdadera y la falsa piedad. Los tableros que trazaba con una aparente simplicidad, pero no sin su punta de malicia, parecieron tan exitosos e interesantes, alumnos enfermos, para no faltar a ninguna de sus instrucciones, se hacían llevar de la enfermería al coro de las religiosas. En el seminario mayor el P. M.-Bernard predicó varios retiros de ordenación que fueron muy apreciados por los alumnos.

La dirección de las almas tuvo un gran espacio en la vida del M.-Bernard. Fuera del seminario, en el que un buen número de alumnos eran sus dirigidos, era confesor ordinario de las religiosas de los Sagrados Corazones y confesor extraordinario en varias otras comunidades. Era excelente en el manejo de las almas. Nos pesa que el marco de una simple información no nos permita entrar en mayores detalles sobre este tema; sería edificante y provechoso para nuestros lectores tomar contacto con la sana mística que guiaba al P. M.-Bernard en un arte que el Papa San Gregorio no dudaba en llamar la más difícil de todas: *ars artium regimen animarum*. La dirección del P. M.-Bernard era tan suave como fuerte: *Fortiter et suaviter*, y siempre práctica. Pocos discursos; pero una pequeña palabra, convencido y persuasivo, a la que sabía a veces dar una vuelta original, era capaz de atraer a la práctica de elevadas virtudes. Para él el edificio de la perfección debía basarse en la humildad y la abnegación, construirse sobre la penitencia y el abandono en Dios, terminarse por el amor y la unión con Dios. “Hay que desear no ser conocido, estimado, amado sino solo de Dios” repetía a menudo. A una persona que se quejaba de haber tenido que combatir para hacer un sacrificio, le respondió: “Es orgullo refinado; era necesario dar gracias a Dios por la victoria y no humillarnos por el combate”. A un alma que creía estar llamada a una alta virtud le inculcaba sin cesar: “Tenga hambre de humillaciones, desearlas cuando faltan, saborearlas cuando se tienen. De este modo apartaréis la paja y no quedará más que el puro trigo”. Ser humilde es ser sencillo; pero no quería investigaciones en la sencillez: “Sea sencillo, escribía a una persona, pero séalo sencillamente”. Quería que a la humildad se uniera la mortificación: “Sin ella no hay verdadera vida religiosa. Las privaciones y los sufrimientos nos arrancan de nosotros mismos y nos unen a Dios. El espíritu de sacrificio es la prueba del cristianismo; debe inspirarnos la inmolación completa de todo nuestro ser”. Entre las religiosas de los Sagrados Corazones, entregadas especialmente a la adoración reparadora, insistía sobre la vida de inmolación y de víctima. “Que la adoración y la reparación sean el fondo de vuestra vida; consumíos a los pies de Jesús-Hostia. Mientras se comete un pecado en el mundo, se debe homenajear al Corazón de Jesús e interponer vuestra mediación entre las justicias del cielo y los crímenes de la tierra”. – Las lecciones que él daba sobre el completo abandono del alma entre las manos de Dios, son sencillamente sublimes. “Después de haberse despegado de sí mismo y de toda criatura, es necesario dejarse llevar por Dios; seguirle alegremente sin examinar las razones de la conducta divina; no pensar más que en el acto presente, como Dios, para quien no hay ni pasado ni futuro”.

El hombre espiritual estaba sobre todo el resto en el P. M.-Bernard. Por esa razón el Rdm. P. Bousquet le apartó de la enseñanza en 1894, para dedicarle a la formación de sus religiosos. Sin hacer la menor observación, el profesor dejó Rouen para volver a Miranda, donde, después de su partida, un escolasticado y un colegio habían llegado a unirse a las otras obras ya existentes. El P. M.-Bernard fue nombrado

director de los jóvenes profesos estudiantes, con el título de Prior de la casa. La vida de director de estudios es una vida entregada incesantemente y de un trabajo oscuro. El P. M.-Bernard se dedicó a sus deberes con el mismo espíritu sobrenatural que había mostrado en las obras de mayor brillo.

A petición del R. P. Malige, fue el corresponsal de los *Annales*. Sin hablar de *Noticias Religiosas* de las que la católica España era el teatro, escribió para nuestros lectores el relato de la fundación de Miranda, les narró sus peregrinaciones a los santuarios de Sta. Teresa, su visita a El Escorial y a Silos con ocasión de la bendición abacial de Dom Guépin, etc. y finalmente compuso artículos de piedad sobre la *vida interior* (*Annales*, 1900-1901), de los que han gozado deliciosamente muchas personas, como lo sabemos. ¡Y qué buen colaborador el P. M.-Bernard! Los que tienen un poco de experiencia en la dirección de una *Revista* saben qué pesados y exigentes son ciertos autores. El P. M.-Bernard era distinto. "Le envió uno de mis pequeños [hijos] escribía al expedir la copia, le he mimado con ternura y le amo casi igual que a un niño consentido. Haga de él lo que quiera: vístale, péinele; si es necesario riñale o échele al fuego; a su gusto, se lo entrego". Estos relatos no tenían necesidad de nada de eso: estaban llenos de interesantes detalles, de finas observaciones, de inocentes malicias y llevaban el sello de una sinceridad evidente.

Pero el trabajo más útil del P. M.-Bernard durante su segunda estancia en Miranda, fue la publicación del libro titulado: "El religioso de los Sagrados Corazones". Le había compuesto por orden del Rvdmo. P. Superior General, que quería dar a su familia religiosa un *Vade-mecum*. o manual en el que estarían condensados el espíritu y el fin de la congregación, las virtudes que deben caracterizar a sus miembros y las prácticas propias para adquirir estas virtudes. Nadie estaba mejor preparado para este trabajo que el P. M.-Bernard. En Rouen había compulsado con un cuidado minucioso los archivos del instituto. La vida y los escritos del venerable Fundador la vida de la Buena Madre por el P. Hilarión, las circulares de los superiores generales y las fuentes de familia, proporcionaron al laborioso autor una mina tan rica como inexplorada. El manuscrito fue remitido por el Superior general a una comisión de teólogos que hicieron un informe de lo más elogioso. Como correcciones, se contentaron con condensar en menos palabras desarrollos demasiado largos y en suprimir algunas "bernardianas"; era el nombre que el presidente de la comisión daba a ciertas agudezas demasiado fuertes. Al no haber sido publicado para el público, el libro no fue apreciado por la prensa [con sus apreciaciones críticas siempre tan valiosas]; pero fue acogido en la familia religiosa con un reconocimiento filial hacia el Superior general que lo había inspirado. Los misioneros expresaban en sus cartas emotivas la alegría de poseer este *vade-mecum* que les acompañaba en sus correrías apostólicas. Merece ser señalada una apreciación dada. En V... cerca de París, un hermano converso asistía, un domingo, a las vísperas en la iglesia

parroquial y olvidó su manal. El señor párroco, hombre muy instruido y juicioso crítico, lo encontró y tuvo la curiosidad de irle recorriendo. Se quedó impresionado de la riqueza de doctrina que se encerraba en él y al devolvérselo, nos dijo: "Qué tesoro de ciencia y de piedad habéis concentrado en unas pocas páginas".

En todas las vacaciones de verano, el P.M.-Bernard volvía Francia y se entregaba al ministerio tan fecundo de los retiros. Añadido a un año de labor incesante, esa recarga de trabajo, al que hay que añadir las largas sesiones de confesionario, le fatigaron mucho. No sin razón. En 1901, volvió a Miranda, a comienzos de octubre, después de haber predicado 158 sermones en los meses de agosto y septiembre. Estaba agotado. El médico le diagnosticó albúmina y le trató como convenía a tal estado, pero sin resultado. Lo arrostró hasta Pascua, cumpliendo su cargo con una entrega heroica. Pero conociendo su estado, el Padre Superior General lo llamó a París y le hizo examinar seriamente por un especialista. Éste diagnosticó finalmente una neurastenia y ordenó un reposo absoluto. Dócilmente, el enfermo se resignó a no hacer nada y se fue a Sarzeau donde, con la soledad, encontró los cuidados afectuosos de la amistad. El Superior de la casa había sido su compañero de profesión; se convirtió en su buen samaritano. En el mes de setiembre, el enfermo se sintió mejor y se puso a disposición del Superior General. Éste juzgó prudente relevarle de la carga demasiado pesada de director de los estudiantes y le nombró maestro de novicios con el título de Superior de la casa poco numerosa de Beire. Yendo a su puesto, el P. Marie-Bernad pasó por Tours y predicó a las religiosas de los Sagrados Corazones su último retiro. Fue instalado en Beire el 6 octubre 1902.

Su permanencia en Francia le había resultado saludable, pero no se había curado. El mal que sufría le minaba sordamente. Depurándole su virtud, le arrebató sin embargo un algo de su buen humor jovial y le hacía encontrar pesado el aislamiento de un noviciado, sin capilla pública, perdido en una planicie árida de Navarra. La ausencia de libros con que ocupar sus tiempos libres le desolaba.: "Nuestra biblioteca, escribe, es de las más miserables. Ni un infolio, ni un Padre de la Iglesia, ni un comentario nuevo sobre la Sagrada Escritura, nada de sermones excepto los de Bourdaloue y una detestable edición de Bossuet, nada nuevo, nada interesante". La lejanía de las otras casas de la Congregación le pesaba aún más. Pide noticias con insistencia: "Soy más congreganista que nunca y tengo un gran interés por los menores acontecimientos que hacen referencia, de lejos y de cerca, a nuestra familia religiosa (30 diciembre 1902)". Se informa sobre la ley de las asociaciones, de la suerte de los colegios, de la partida de los misioneros. Los deseos de año nuevo que dirige a uno de sus antiguos compañeros del seminario de Rouen, llevan como de costumbre la marca del espíritu: "Me he preguntado si valía la pena deciros cosas en absoluto banales porque son profundamente verdaderas, y perfectamente banales porque os son perfectamente conocidas".

En su última carta (23 enero 1902), pidiendo oraciones por sus novicios, expone los puntos de vista que tiene en la formación de sus queridos hijos: " Quiero forma religiosos sólidos y que tengan una buena capacidad ante el peligro y en las pruebas; religiosos con fortaleza imbuidos del espíritu de nuestros venerados fundadores, que procuro hacerles conocer y amar" El tono grave, casi triste, pero siempre sobrenatural no se aparta en sus *novísima verba*: "Todo tiene un fin aquí abajo, y el mayor provecho que podemos sacar de las medidas que parecen preparar contra nosotros, es el de expulsarnos a nosotros mismos de este mundo por el abandono de todo lo que es pasajero y por un mayor deseo de estar con Nuestro Señor".

El deseo de estar con el Señor no tardó en ser escuchado. El 4 de febrero, prevenido de que su vida estaba en peligro, pidió el R. P. Francisco de Sales hacer una confesión general de toda su vida. Por la tarde, la comunidad fue a la capilla para acompañar a Nuestro Señor que iba a darse en viático a su fiel servidor. Antes de recibir el Santo Viático, el enfermo dirigió algunas palabras edificantes a la comunidad, diciendo que ponía toda su esperanza en el Dios de la Eucaristía y que pedía perdón de cuanto había servido de mala edificación que hubiera podido dar. Tuvo aún la alegría de volver a ver al Superior de Miranda que había llegado para consolarle. El sábado, 14 de febrero hacia las 4 de la tarde, el P. M. Bernard cayó en un estado comatoso y por la mañana, después de una agonía de dieciséis horas, entregó su alma a Dios. El agradecimiento inspiró Oraciones fervientes y numerosas. Además de los sufragios prescritos por la regla, la Rvdma. M. Superiora general de las religiosas de los Sagrados Corazones encargó de inmediato una treintena de misas, llamadas de San Gregorio. "El Salvador, al llamar a su seno a nuestro querido y venerado padre M. Bernard, escribió la Rdma. Madre Superiora dela 2ª Vistación de Rouen, nos aflige vivamente; pero mirando al cielo, encontramos allí a este santo religioso que ha trabajado tan bien y ha sufrido tanto". Estas sencillas palabras son la expresión exacta de los sentimientos que estaban en el fondo de todos los corazones.

P. Jacques Bund, ss.cc.

* * * * *

P. Marcel Bocquet, ss.cc.
Annales, 1956, p.26-33

.....“EL RELIGIOSO DE LOS SAGRADOS CORAZONES”

¿QUIÉN ES EL VERDADERO AUTOR?

según la correspondencia del P. Marie-Bernard Garric.

No se puede negar que el “*Religioso de los Sagrados Corazones*” ha tenido una influencia de primer orden en el desarrollo de nuestra espiritualidad en la Congregación. Las aprobaciones que ha recibido, el crédito de que ha gozado, le han consagrado como el manual oficial de la Congregación. Ha sido el primer ensayo de síntesis de nuestro espíritu que ha sido impreso y aún permanece siendo el único¹. Este estudio, fundado sobre documentos inéditos y limitado a la composición del libro, quisiera ayudar a aportar un juicio más autorizado sobre este libro.

Se ha formado una *leyenda* en torno a su composición. El P. Marie-Bernard habría escrito, se dice, una obra sensiblemente más voluminosa que la que finalmente fue publicada. La comisión de revisión la habría juzgado demasiado desarrollada. Habría entrado con la tijera podando los capítulos y os párrafos, suprimiendo los unos, resumiendo los otros. Con ello habría resultado un libro sensiblemente diferente del querido por el autor. Por desgracia, el original se habría perdido. Sería una pérdida importante: en lugar de un resumen, tendríamos un tratado completo de nuestra devoción a los Sagrados Corazones. ¿Qué sucedió con esta leyenda que, con variantes, circula en las diversas provincias?

Los *archivos* de la Casa Madre han conservado las cartas dirigidas por el P. Marie-Bernard al Rmo. P. Bousquet. Nos ofrecen la génesis del libro: la elección proveniente del Superior General, las primera conversaciones, el proyecto inicial, el plan adoptado en el origen, la larga elaboración del libro, los retoques que ha sufrido, la apreciación y el trabajo de los censores y por fin su aparición.

¹ Hay que tener en cuenta que este estudio fue escrito en 1956 y publicado ese año en el primer volumen de *Annales de los SS.CC.* que inició la aparición de éstos con una nueva línea de contenido y de volumen.

¿Quién era el P. Marie-Bernard Garric? No tenía más que 36 años en el momento de las conversaciones en 1890. Había nacido en 1854, en Bournazel, en el Aveyron y había hecho esforzados estudios teológicos en la Universidad de Lovaina, coronados con el bachillerato, el equivalente a la licencia en otras universidades. Había sido designado para formar parte del equipo de fundación de Miranda, donde permaneció 7 años. Allí se entregó a un amplio ministerio activo: predicó misiones parroquiales, retiros, semanas pascuales y confesaba mucho. Gracias a sus orígenes languedocianos, había adquirido un verdadero dominio del castellano. Nombrado en 1887 para el Seminario Mayor de Rouen, se entregó, nos dice su colega el P. Jacques Bund, con pasión al estudio de los Maestros de la vida espiritual. San Francisco de Sales, el P. Faber, Mons. Pie², y los grandes místicos: Sta. Teresa, San Juan de la Cruz, Sta. Gertrudis, beata Margarita-María. Pero sus preferencias seguían los pasos de Bossuet. Al mismo tiempo compulsaba con meticuloso cuidado los archivos del Instituto. A pesar de ello no abandonó la predicación. Numerosas comunidades recurrían a su ministerio, sobretodo durante las vacaciones. Llegó a predicar 158 sermones en agosto y en septiembre. En 1894, volvió a Miranda como director del escolasticado. Allí es donde compuso el "Religioso de los Sagrados Corazones". Jamás tuvo buena salud. Desde hacía largos años seguía un tratamiento de las vías respiratorias. Acababa de ser promovido como Maestro de novicios cuando murió el 15 de febrero 1903 en Beire. No había cumplido aún los 50 años.

A parte de la filial amistad que le ligaba con su Superior General (se han conservado 60 cartas que le dirigió), hay que anotar que vivió en la intimidad de los PP. Romain Desmarais, Prosper Malige, Auguste Jamet, Wilfrid Müller en Miranda, y en Rouen con los PP. Prosper Malige, Basile Prevel, Jacques Bund, cuyas vidas no dejaron de tener alguna influencia en su formación.

Predicador muy apreciado, estudioso empedernido, eco fiel de nuestras tradiciones: así se puede definir al P. Marie-Bernard y constatar la amplia estima que obtuvo entre sus hermanos.

* * * *

Le *elección* del Rmo. P. Bousquet recayó sobre el P. Marie-Bernard Garric, en esos momentos Maestro de novicios en Miranda de Ebro. No ignoraba ni sus conocimientos profundos de las cuestiones espirituales ni su larga familiaridad con las tradiciones congregacionistas. Pero no conocía nada de sus dotes de escritor.. Tantea primero el terreno y le pide un pequeño ensayo sobre el espíritu de la Congregación. Con toda naturalidad le envía, dice él, "una muestra de sus pequeñas conferencias. Tengo unas treinta, así de

² Mons Pie fue un excelente obispo de Poitiers, con originales iniciativas pastorales.

fuertes y de débiles. Si juzgáis que estas páginas, con los retoques que haría en el fondo y en la forma, podrían leerse con provecho, estoy dispuesto a poner manos a la obra”.

El Rvm. P. Bousquet debió encontrarlas excesivamente secas, porque el Padre le replica: “Le agradezco sus ánimos y sus críticas. No pensaba que fuera necesario poner demasiado corazón en pequeño escrito para expresar la verdad. Recibiré dentro de poco una nueva conferencia. Cuando juzgue que he conseguido, más o menos, el grado de calor deseado, le agradecería que me lo dijera”.

Estas *conversaciones* se mantienen durante ocho años antes de la aparición del libro, porque estas cartas son de octubre y noviembre 1890. Marcan la tónica de esta correspondencia. El P. Marie-Bernard no teme el control de su Superior General: le solicita con encarecimiento y detalladamente, por su preocupación de no ser mas que su

El Rdm. Padre querría que la forma respondiera a la riqueza de fondo. Esta es la razón de que siga tan de cerca el proyecto.

Los “Annales de los SS.CC.” aparecerán en enero 1894. El P. Marie-Bernard acepta el ir dando en ellos una serie de artículos, que serán como una primera muestra.: “Acabo determinar mis pequeños artículos sobre la devoción a Sagrado Corazón. De la devoción al Santísimo Corazón de Maria no he estudiado más que un aspecto: su unión con el culto del Sagrado Corazón. Ayer los envié a Rouen” (sede de la redacción) (4.11.90).

El ensayo fue convincente. Por eso pide “una bendición para un trabajo llevado adelante por obediencia y del que usted dispondrá como dueño y soberano señor” (11.5.96)

“Me será fácil reducir a capítulos los artículos publicados en los Annales. Ya tengo un método de examen. Lo haré sobre la oración, la misa, la comunión, la adoración. Mi antiguas conferencias me proporcionarán el material necesario para las virtudes”(1.2.96)

“Trabajo como un negro. Alrededor de cinco métodos están terminados: adoración, examen particular, oración, comunión, santa misa. Esta última me ha ocupado una quincena de días de indecisión. He ensayado una explicación de las ceremonias y oraciones de la misa, desde el espíritu de nuestra devoción; pero asustado de su longitud, he renunciado a ellas. Tengo el temor de que el “Vade mecum” no se hinche más de lo debido. Las once virtudes que siguen a los cinco métodos, sin hablar de las que no están aún escritas, proporcionarán un centenar de páginas de impresión. Por decirlo todo, no sé muy bien dónde estoy ni hacia dónde voy. Temo que todo ello no sea demasiado teórico e insuficientemente litúrgico” (11.5.96).

Es, pues, el primero en asustarse de la amplitud que va tomando su libro. Teme sobrepasar los límites que le han prescrito: "el tamaño de un devocionario". En otro lugar dirá: 500 páginas de pequeño formato. Él mismo corta su texto. Se podrían señalar también sus preocupaciones litúrgicas que por falta de lugar ha debido abandonar. Un detalle que se ignoraba hasta ahora.

* * * * *

El plan que adopta desde al comienzo apenas variará a continuación. A finales de este año en que ha trabajado de un tirón, puede escribir (14.12.96): "Mis borradores están casi acabados. A medida que avanzo, el plan del libro se desarrolla con más nitidez. El ensayo sobre el fin y el espíritu, como introducción. La obra se divide en dos partes: la primera, teoría de la devoción al Sagrado Corazón; la segunda, práctica de esta misma devoción en nuestro Instituto. La teoría, tal como ha aparecido en los Annales. La práctica, precedida de un corto prefacio, se divide en tres: las virtudes, los votos, los ejercicios regulares. Las virtudes, comprendidos en ella los votos, son doce: dulzura, humildad, sencillez, modestia, caridad, regularidad, silencio, recogimiento, abandono. ¿No podrían añadirse a ellas las acciones ordinarias? los ejercicios son cinco: examen particular, oración, santa misa, comunión, adoración.

"Trabajo tratando estos temas según nuestro espíritu y siguiendo nuestro método: los votos, las virtudes, los ejercicios, otros tantos pequeños riachuelos que provienen del espíritu de reparación y de sacrificio; otras tantas fuentes de este mismo espíritu, otros tantos medios u ocasiones de practicarlos oscura y continuamente.

"Antes de seguir adelante quisiera someterlos a su consideración. Si supierais con qué variedad de impresiones mi paciencia ha sido puesta a prueba. Después de haber encontrado por la mañana que algo quedaba bien así, estaba tentado a la noche de rasgarlo todo. ¿Es demasiad largo? ¿Es demasiad corto? ¿es demasiad didáctico? ¿es demasiad seco? Una indicación por vuestra parte pondría fin a mis dudas. He dejado en blanco una página para recibir todas las correcciones y observaciones que se juzgaran convenientes con este fin.

"El libro del P. Caprasio me proporcionará buen número de formulas de oraciones para los diversos ejercicios. He encontrado muy bellas en los escritos de la Bienaventurada (Santa Margarita María)"

Una simple mirada sobre los temas permite constatar que hay identidad perfecta entre el plan que somete a su superior en 1886 y el que realizará dos años después en su libro. Ninguna comisión, por tanto, le impuso su plan: es obra que le pertenece, lo mismo que sus desarrollos. Es una puesta a punto de las conferencias que da después de varios años y que renueva por un estudio asiduo de los maestros de la vida espiritual y de nuestras tradiciones familiares.

* * * * *

La redacción del texto le costaría un trabajo que teme, porque apenas siente atractivo para cincelar las frases. Pero su superior exige una presentación cuidada, y los censores, lo sabe, pasarán por la criba su manuscrito. Sudó sangre y agua durante todo un año para satisfacerles. Acosado por el escrúpulo, vuelve a releer aún su texto antes de volver a enviarlo. Escribe el 1 de enero 1898: "Después de nuestra gran fiesta de los Reyes Magos, volveré a remirar la obra y a menos de que haya imprevistos, estará entre sus manos para los primeros días de febrero". De hecho la revisión le ocupa dos meses. "He vuelto a releerla de nuevo del principio al fin, la pluma en la mano, el raspador en la otra" (19.1.98) Su manuscrito es por fin enviado a los censores, los PP. Malige y Prevel, licenciados en Lovaina, el primero, superior del Seminario Mayor de Rouen y dotado de un auténtico talento de escritor; el segundo, autor de un estimado manual de dogma.

¿Qué correcciones le exigen? Son de tres suertes: retoque general del estilo, supresión de puntos de interrogación juzgados demasiado numerosos, y los "*Bernardinismos*": así llaman a las expresiones o reflexiones que denotan una manera demasiado original de pensar o de reflexionar cuyas ocurrencias son célebres.

¿Cómo aceptó el autor estas observaciones? "No tenía ninguna razón para darles una mala acogida. Estoy totalmente dispuesto a corregir los defectos señalados. ¿Que no les han señalado en mayor número? Su pudiera hacerlo de viva voz, me permitiría algunas reflexiones sobre estas observaciones; por escrito sería demasiado largo".

Señala maliciosamente: "Una gran parte de los *Bernardinismos* no me pertenecen. Varias de las expresiones anotadas son de San Francisco de Sales, de Bossuet o hasta de un Santo Padre. Es verdad que todo lo que los santos han dicho no es para ser citado y que hay que saber tomarlo o dejarlo.

"Lo que más me preocupa, es el retoque general del estilo. Me encontraría muy a gusto por conocer su consejo en este asunto. Me han dicho ustedes que no se trata de una obra de estilo. Quiero retocarlo, a pesar de que esto me parece exigir la retranscripción de más de 50 páginas. Pero no me siento capaz de hacerlo mucho mejor totalmente solo" (27.2.98)

Una vez más el pobre autor debe ponerse a trabajar. Tres meses después escribe: "He alcanzado casi el punto que se me indicó. He tenido en cuenta todas las observaciones. No hay un solo espacio subrayado que no haya recibido su corrección. Los puntos de interrogación han sido exterminados. Es necesario recorrer páginas, capítulos enteros para encontrar uno. Empleo mis ratos de ocio en

retocar el estilo. Esto no quiere decir que la obra haya ganado mucho” (3.6.98)

Le espera una nueva prueba, esta decisiva: el juicio canónico realizado por los censores sobre su obra. Pero esta vez prefiere estar presente. El Capítulo general, del que es delegado por España, le ha conducido a París. Pide pasar a la vuelta por Rouen. . Allí está de nuevo sobre el banquillo. “El Superior ha revisado y anotado los dos primeros cuadernos. Me ha demostrado un fuerte agradecimiento por mi docilidad. Encuentro e efecto sus observaciones muy justas y me esfuerzo por corregirme. El P. Prevel me ha prometido leer atentamente el capítulo de las virtudes” (2.8.98)

“He tenido en cuenta las nuevas observaciones. He pasado una semana entera, sin salir ni una sola vez, con los tres primeros cuadernos. El P. Prevel me asegura que se puede comenzar la impresión a partir de mañana mismo. Los encuentra muy bien. No creo que en los otros, todavía en Enghien (donde se encuentra el P.Malige) se encuentren dificultades serias para el Imprimatur” (9.8.98)

Tres hechos son pues ciertos: 1.- los retoques han sido numerosos, hasta muy numerosos; 2.-estos apenas se han referido mas que sobre la forma o puntos de detalle; 3.- han sido todos obra del P. Marie-Bernard, no sin reticencias, sin embargo.

* * * * *

Ha sido *el Rmo.P. Bousquet* quien ha tenido sobre él la influencia más decisiva. Ha escogido, guiado, sostenido, aprobado. Por su parte, el P. Marie-Bernard le envía sus primeros ensayos, le somete los estados sucesivos de su texto, solicita sus críticas y sus sugerencias, defiende cuando es necesario su punto de vista, si cree que es fundado, pero siempre profesa el abandono más completo a su voluntad. ¿Es esto decir que es necesario tomar al pie de la letra el homenaje que le dirige? “Si no fuera mucho más vuestro que mío, me sentiría feliz de ofrecérselo como homenaje de afecto muy reconocido, muy respetuoso y muy fiel” (22.12.98)

Ahora sabemos demasiado bien los esfuerzos que le ha costado, como para no atribuir e libro al P. Marie-Bernard. Ya no es más por simple cláusula de estilo. El autor no ha querido ser otra cosa que el intérprete fiel de la tradición, representada y controlada por el jefe de la Congregación. El elogioso testimonio de este nos asegura que lo ha conseguido. No se necesita por tanto ver en “el Religioso de los SS.CC.”, un ensayo sobre el espíritu de nuestro Instituto, tal como hubiera podido concebirlo un teólogo valioso; es más bien un manual, si no completo, al menos seguro y accesible a todos y que tiene una autoridad casi oficial.

Al recibir el primer volumen salido de la prensa, que el P. Palmacio [era el ecónomo general] tuvo la delicadeza de hacérselo llegar, expresa ingenuamente su alegría. "Seguro que no es de él de quien se podrá decir que toda su belleza la lleva dentro. Los atractivos exteriores son admirables: formato, papel, caracteres. No se puede desear más". (26.12.98)

Pues que el padre no reniega de su hijo y hasta se extasía por su gran aspecto, se comprende la razón: el p. Marie-Bernard, es con plena seguridad el autor, el único autor del "Religioso de los Sagrados Corazones". Él es quien lo ha pensado, compuesto, escrito, revisado. La leyenda que rodeaba la obra de que se trataba de una comisión, está desprovista de todo fundamento. No tiene otro origen que el exceso mismo de su trabajo. Al verle sin cesar inclinado sobre su manuscrito, se ha concluido a la ligera que no podía escribir mas que un libro voluminoso, cuando precisamente son los libros pequeños los que exigen más esfuerzos. Hay que emborronar mucho papel para condensar su pensamiento en pocas palabras!

El fin de este estudio no es el de aportar un juicio sobre el libro ni sobre el autor, sino el de proporcionar precisiones que no se deben olvidar sobre su elaboración. Que se nos permita sin embargo subrayar una corta frase de esta correspondencia, porque, a nuestro parecer, ofrece la llave del libro. "Tengo interés de tratar estos temas desde nuestro espíritu según nuestro método: los votos, las virtudes, los ejercicios, tantos riachuelos tributarios del espíritu de reparación y de sacrificio, tantos medios y ocasiones de practicarlo *oscuramente* y continuamente".

La vida oculta: es el centro de perspectiva desde construye su edificio. Sin da para él la vida oculta no significa ausencias de celo y de actividad. Su vida es prueba de ello. Consagró a la predicación su tiempo y su libro ha sido predicado antes de ser escrito. Es más bien una cierta manera de concebir la espiritualidad y la Congregación. No entra en sus perspectivas que la reparación pueda ejercerse por las exigencias del apostolado y nuestra espiritualidad enriquecerse por el contacto con las almas. Como se le escapa que un día próximo la Congregación podrá ejercer un apostolado a escala mundial y podrá tener una real influencia sobre toda la Catolicidad por la Entronización y la adoración nocturna. No se le puede reprochar a un maestro de la espiritualidad el no ser profeta. Escribe para su tiempo. Que su libro refleje con una rara felicidad un siglo de vida oculta, no parece a nuestros ojos que seas un escaso mérito.

Este trabajo vuelto veinte veces al taller, esta fidelidad a la tradición, esta sumisión a la autoridad, esta atadura constante con ella, esta

aceptación de las correcciones fraternas, esta comprensión del ambiente en que vive, ¿no tiene en el ejemplo del P. Marie-Bernard Garric lecciones que conservar?

P. MARCEL BOCQUET, ss.cc.
(Annales 1956, p.26-32.)

Por añadidura

Al finalizar esta transcripción de los primeros recuerdos de P. Marie-Bernard Garric, ss.cc. sobre el inicio de la fundación de la comunidad de Miranda de Ebro, con la que comenzaba la presencia de la Congregación en España, aprovechamos la oportunidad que nos ofrece para alguna información complementaria.

1.- Hay otro "documento" sobre el mismo autor. Está preparado en esta misma colección y ocupa el nº 33. Como quiera que queden en su publicación definitiva, la intención es advertir que ese trabajo existe formando parte, repetimos, de todos estos "documentos". El tema que desarrolla tiene gran importancia, pues se trata del estudio de la que fue la obra de su vida. Este libro se ha leído durante muchos años en la Congregación y se titula "El religioso de los Sagrados Corazones". Por eso alcanzó muchas ediciones y traducciones. El autor de ese estudio sobre la obra, lo titula: "El R.P. Marie-Bernard Garric, ¿autor de 'El Religioso de los Sagrados Corazones'? (M.-B. Lavanant)

2.- Del mismo modo se podría recordar la entrevista que la revista francesa de la Congregación 'Horizons Blancs', hace al P. Jean-Yves Kerrien, ss.cc. profesor de teología del escolasticado de la Congregación en Francia, especialista en nuestra espiritualidad. Publicada en esta misma revista, interesa en nuestro caso por su oposición al pensamiento central del libro del P. Garric. Conocer estos diversos puntos de vista sobre algo tan importante, no puede mas que enriquecer nuestro pensamiento, pues solo en la abundancia de contrastes, o puntos de vista, se logra crear un cuadro que enriquece nuestro sentido critico.